

mana. Veo a este gran poeta como un buzo palpando un fondo movedizo. Muy pocos se percatan de su jadeo submarino. Lo veo engendrando símbolos, asociando bellas y cargadas palabras, sufriendo y gozando con esa pequeña candela que tiembla entre sus manos, a veces un ojo fijo, a veces un fuego que se consume a sí mismo; pero siempre la poesía. Otros algún día verán aparecer en la superficie de las aguas algún coral desprendido; alguna huella de sangre. Nadie sabrá por qué ni quién ha estado allí debajo floreciendo a oscuras y, sin embargo, nada habrá sido en vano.—HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA.



“CONCIENCIA HISTÓRICA”, de *Enrique Espinoza*. Babel, Santiago de Chile

El prologuista de este libro atrevido y desinteresado, Ernesto Montenegro, nos brinda una especie de “cuenta” total de Enrique Espinoza. Esta zeta ya es atrevida y sugerente. Espinoza nos recuerda con ella que quiere ir más allá; y efectivamente, llega a donde quiere como para dar fe de las existencias más plurales, empero con unidad consonante con el espíritu del autor. Así, abre el libro con un ensayo sobre nuestro Martí, poeta y profeta de Cuba libre, al que pone en contacto con “sus contactos” sudamericanos; luego se detiene brevemente para estudiar la personalidad del por muchos conceptos grande don Baldomero Sanín Cano y da fin a este capítulo estudiando la personalidad de José Carlos Mariátegui, el peruano malogrado tanto para las letras como para la conciencia americana. Un segundo capítulo engloba otros tres nombres insignes: Waldo Frank, André Gide e Ignacio Silones y, como no podía menos de ocurrir en un examen desinteresado, nos lleva de la mano y corazón a un Antonio Machado, humano, artista altísimo, hombre impar, que, él sólo, acaso represente la cifra más pura de las letras y los hombres españoles de nuestro siglo.

Hemos hablado del desinterés. Y nos quedamos cortos: diríamos mejor que Espinoza se transforma en este volumen en el abogado de las causas perdidas. Efectivamente: el mundo apenas guarda recuerdo para estas figuras que, como la de Trotsky, fueron grandes en determinados momentos y han pasado a un segundo plano debido, sin duda, a la ingratitud y el olvido de los valores permanentes del intelecto. En idéntico sentido debe interpretarse lo que Espinoza dice de Eugene Dabit y otros, que pasan cinematográficamente por estas páginas tersas y limpias en busca de una definición del espíritu de una época, inmediata, pero que parece remota, que los acontecimientos y la sensibilidad "como ausente" de nuestros hombres pretende olvidar. Balance a la vez de hechos que suelen escaparse de la conciencia colectiva, Espinoza presta en estas doscientas ocho páginas nuevo vigor, emocionado estudio y conciencia —"conciencia histórica"— de responsabilidad.—J. M. CAPO.

■

"COMARCA DEL JAZMÍN" y "SUS MEJORES CUENTOS", de *Oscar Castro Z.*

Pocas personalidades literarias de Chile han conseguido después de ausentarse del dinámico predio del ser, del vivir, entenderse o comunicarse, triunfos tan rotundos como este labriego creador que se llamó Oscar Castro Z. Triunfante en vida, satisfecho de terrenales laureles en plena juventud, es decir, a una edad en que la mayoría anda a trastabillones, el escritor rancagüino degustaba los buenos mostos de la victoria, en un campo donde los más se enredan las alas en las tempranas telarañas de sus propias ambiciones.

Personal, humanamente rebelde y puro, poseyó también el don formidable de la modestia, y las satisfacciones que le dieron las letras —a fuerza de luchas y revisiones sin medida— no fueron sino los basamentos para la construcción de una labor más grande y trascendente, o sea, ésta que la costumbre ha rotulado